

## ALGUNAS PECULIARIDADES EN EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO DE PACIENTES ADOLESCENTES\*

*Dr. Alvaro Nin<sup>1</sup>*

### **Introducción**

Comenzaremos por plantear a modo de introducción, que este trabajo intenta desplegar algunos cuestionamientos y dificultades relativas a las modificaciones técnicas que efectuamos en la práctica analítica habitual cuando nos encontramos y confrontamos a la tarea del análisis con pacientes adolescentes.

Encuentro y confrontación (Winnicott, 1972), dos aspectos aparentemente antitéticos pero que a la manera de un péndulo, conforman un par necesario e imprescindible que implica un movimiento de acercamiento y separación que constituye un estilo que es propio de la especificidad de las angustias en juego en la crisis adolescente.

Se ha hablado mucho sobre si existe o no una especificidad del análisis del adolescente (y por lo tanto una formación específica), sin pretender profundizar aquí ese tema, podemos decir que ciertamente, existen peculiaridades en este vínculo. Por un lado las capacidades y disposición por parte del analista, en cuanto al trabajo con las posibilidades simbólicas que todavía están en desarrollo. Por otra parte, el adolescente se encuentra en pleno proceso identificadorio y de construcción de sus mecanismos defensivos, lo cual hace al trabajo analítico especialmente difícil.

---

\*Trabajo presentado en el 43° Congreso de IPA "Psicoanálisis: trabajando en las fronteras", N. Orleans, 2004.

1. Médico, Psicoanalista. J. M. Pérez 2885 Ap. 202 Tel. 0598 2 711 9679.

E mail: [adnin@montevideo.com.uy](mailto:adnin@montevideo.com.uy) Montevideo, Uruguay

Se ha dicho con razón, que la estrategia del analista es justamente prescindir de ella, y en esa renuncia, jugarse a la asociación libre (paciente) y a la atención flotante (analista). Como planteábamos anteriormente, las insuficiencias en la simbolización del adolescente, promueven un cortocircuito pulsional que deriva hacia el acto y al soma. Por este motivo, los diversos tipos de actos (compulsivos – repetitivos, sintomáticos o fallidos, juegos, etc) generan un ambiente muy especial en estos análisis y que contratransferencialmente, el analista desliza su atención al cómo y cuándo interviene, en detrimento de sus posibilidades regresivas de la atención flotante. Si todos hemos “mordido el polvo” de la contradicción inmanente a la atención flotante, coincidiremos que nuestro lugar como analistas de adolescentes, está jaqueado por estas preocupaciones de orden técnico.

### **Crisis adolescente**

Momento crítico en el que se anuda el narcisismo con sus vergüenzas y fragilidades de la autoestima con el resurgimiento de la conflictiva sexual que a partir de la pubertad, relanza toda una nueva dimensión corporal con nuevos puntos de urgencia con frecuentes estallidos en los vínculos familiares y sociales.

Encuentro y confrontación decíamos, por que en ese doble movimiento, habrá de tener lugar no solo la crisis adolescente, sino también el propio tratamiento analítico.

El encuentro pone en juego las transferencias positivas con la empatía y la construcción de un espacio analítico donde el analista desde un lugar adulto pero diferente al de los padres, convoca las angustias, el sufrimiento y el deseo de conocerse así como abre la esperanza a un cambio psíquico y al crecimiento personal.

Por otro lado y concomitantemente se abre ese mismo espacio para las diferencias, con sus inevitables consecuencias de confrontaciones necesarias para un nuevo crisol de identificaciones.

### **Duelo por la infancia versus el peligroso mundo adulto**

Como lo han señalado Héctor y Mercedes Garbarino (1961-62), la

tarea esencial del adolescente es crecer y desarrollarse y esto significa ingresar en un mundo desconocido peligroso e inquietante como es el mundo de los adultos. Adultos, padres que también son movilizados por el crecimiento de sus hijos y que implicará entonces una reactualización de la conflictiva edípica para los propios padres. Con la eclosión pulsional de la pubertad (Freud, 1905), los impulsos libidinales se dirigen en primer lugar hacia los padres con los consiguientes sentimientos de culpa que generan una reactualización de la represión de estos deseos incestuosos. Esta dinámica de la represión de lo incestuoso hará que se vaya en busca de otros objetos significativos a quienes dirigir el amor y el odio. Sin embargo no solo la represión participa, sino que también podrán hacerse lugar por ejemplo intensas idealizaciones de sí y de otros, ya sean éstas personas u objetos de la cultura, de la política, de la religión que operan como metáforas o derivados metonímicos de los objetos primarios significativos. Esto implicará una movilización de las defensas frente al aumento de la marea pulsional, donde habrá de ponerse en juego una gama muy diversa que podrá ir desde las proyecciones, la omnipotencia, la negación, la escisión así como también la desmentida.

Desde la etimología, la palabra crisis (Mannoni, 1984) significa "juicio" y sería en la medicina clásica un momento decisivo donde habrá de juzgarse y jugarse la evolución de la enfermedad hacia la curación o la muerte. En ese sentido, al hablar de crisis de la adolescencia, se apunta al momento decisivo en que se define el futuro del sujeto.

Como dice Kestemberg (1982): todo se prepara en la infancia y todo se juega en la adolescencia, por eso es que postulamos a la adolescencia, como un período de la vida al cabo del cual emergerá un psiquismo reformulado con nuevas inscripciones psíquicas que están en los fundamentos de las nuevas identificaciones.

### **Momentos de la adolescencia**

La pubertad alude a un cambio individual, o sea las transformaciones corporales en un sujeto dado, en su dimensión psíquica y física, en tanto que adolescencia, como nos enseñara Octave Mannoni (1984) implica una dimensión diferente de tipo socio-histórica que amenaza con un conflicto de generaciones.

La adolescencia es entonces un período relativamente indefinido de la vida en el cual podríamos señalar tres momentos distintos, la pubertad o adolescencia temprana, adolescencia mediana y adolescencia tardía. Esta es una categoría útil a los efectos descriptivos, pero tenemos que tener en cuenta que hay una interrelación dinámica permanente entre los fenómenos que describiremos de estos tres momentos.

En todos los procesos de duelo la libido (Freud, 1915) está sometida a movimientos y se pueden describir tres momentos. Un primer momento sería cuando el yo pierde su objeto libidinal, en el cual la libido tiende a volverse narcisísticamente hacia el yo. Esto es luego de que la negación de la pérdida objetual deja paso a la dimensión subjetiva del dolor. Un segundo momento en que hay una tendencia del yo a ofrecerse al ello como sustituto del objeto perdido que funciona a la manera de una desmentida de la pérdida. Un tercer momento en que la angustia y el dolor conllevan en el mejor de los casos a un reconocimiento de lo perdido y al desplazamiento de esa libido a la búsqueda de nuevos objetos externos.

Siguiendo las ideas de Fernández Moujan, haremos una correlación entre esos momentos del duelo y el tránsito que va realizando el adolescente.

En la pubertad, con las modificaciones corporales, lo que prima es la pérdida del objeto (cuerpo infantil, padres infantiles) y lo que ocurre es que el propio cuerpo se convierte en extraño y cambiante, con todo el desajuste del esquema corporal que esto conlleva.

En la adolescencia mediana, el duelo evoluciona hacia aspectos psicológicos, o sea las identificaciones, la función imaginativa, el pensamiento, donde se construyen verdaderas identidades grupales, apareciendo un verdadero culto a la amistad. Estas identidades grupales, lo ponen a salvo en parte de las vivencias de vacío que ya son muy intensas desde la pubertad.

La adolescencia tardía se caracteriza por un retorno al objeto y su contrapartida, la capacidad de estar a solas. Comienza a darse una mejor definición en cuanto a la elección sexual, se busca en forma más comprometida un compañero o compañera, se eligen orientaciones en cuanto al estudio y al trabajo y se comienza a definir también una identidad básica.

### **Demanda y construcción del espacio analítico**

Seguramente, la mayor parte de los adolescentes que vemos en nues-

tros consultorios o instituciones, han sufrido y sufren traumatismos importantes, ya sea externos o internos que perturban y retrasan estos procesos de duelo, derivando en duelos patológicos que siempre están en la base de las patologías graves.

Lo primero a plantear es el tipo de demanda que está en juego, porque hay que tener claro qué pide el adolescente y qué pide el medio familiar y social. Quizás la mayor parte de las veces habrá que trabajar este punto de partida porque se constituye en el cimiento del espacio analítico que habremos de construir.

Por supuesto que el malestar que genera en el entorno, produce a su vez una presión interna en el adolescente con sus problemas y sus síntomas. Este malestar personal, será el motor del análisis futuro y lo que habrá de trabajarse en los comienzos del tratamiento.

Malestar en el entorno, malestar personal que si se articula en esa presión interna es porque hay una posibilidad de tránsito y cierta elaboración del sentimiento de culpa característico de una problemática edípica. Lamentablemente en general las condiciones de inicio de análisis son menos halagüeñas, asistiendo a un paciente que está "intoxicado" por un lenguaje de acción (Gómez y Tebaldi, 2001), lenguaje que habrá de ser deconstruido, abriendo a otro lenguaje que abra a nuevas significaciones de la historia personal, que pueda incluir los aspectos traumáticos reprimidos o escindidos hasta ese momento.

Pienso que esto tal vez sea el problema más espinoso y el objetivo general del tratamiento analítico y que constituye un logro esencial del aparato psíquico ya que se trata de poder incluir vivencialmente los aspectos penosos.

Volviendo al lenguaje de acción, es muy importante poder entenderlo como instrumento de la repetición y su compulsión (Freud, 1914). Repetición que implica un re- pedir acceso a la conciencia y a la acción de tal manera de poder re – escenificar aspectos traumáticos infantiles que en la evolución han tenido que ser dejados de lado pero que insisten (por suerte y por desgracia) en su re-actualización para ser tenidos en cuenta. Nuestra posibilidad será la de incluirlos en la dinámica de la transferencia – contratransferencia, porque de lo contrario caerán en el vacío de las intelectualizaciones o de historias que son aceptadas como interesantes pero sin ningún efecto sobre el adolescente.

El lenguaje de acción o actuación, puede constituirse en un síntoma,

pero más allá de eso – como lo señalan L. Goijman (1998) y otros autores – es en sí mismo el modo específico de expresión de este momento vital, una característica del funcionamiento psíquico.

De la misma manera que el juego es el principal vehículo de expresión de la fantasía en la infancia, la acción es una forma de expresión de la fantasía en la adolescencia, en la medida en que la maduración psicomotriz permite un protagonismo diferente; existiendo a la vez una necesidad de confrontar lo estatuido por la ley parental experimentando nuevas alternativas.

El inicio de la intimidad entre paciente y analista, puede entonces instalarse. Esta forma peculiar de transferencia, es posible cuando el analista logra desinvertirse de la actitud parental, moralizante y evita, también la complicidad con el adolescente.

Sostenido por una imagen representacional diferente de aquellas que ya posee, el adolescente puede ampliar el juego de identificaciones en forma más rica, especialmente cuando el analista es percibido como capaz de una comprensión de lo inconsciente que implica entender sus dificultades y conflictos en su trama familiar y de su entorno.

Como decíamos anteriormente, nuestro objetivo es incidir en la vida emocional del adolescente, posibilitando una reestructuración psíquica. Como siempre, nos enfrentamos a una roca de base (Freud, 1937) que es el narcisismo – de ambos, paciente y analista. Constitución narcisista que se expresa en el lazo libidinal hacia lo propio y los aspectos agresivos hacia lo considerado ajeno y extraño.

Es un momento de construcción de la identidad, de búsqueda de referentes identificatorios, de aumento de las exigencias de los ideales por lo que las interpretaciones analíticas fragilizan aún más el yo y por lo tanto estarán alertas todas las defensas paranoides del adolescente que en una parte de sí no desea ser cuestionado.

Esto nos conduce a jerarquizar toda la labor preparatoria (Aryan, 1985) (Salas, 1973) de nuestras interpretaciones y si entendemos que nuestras utopías son importantes, no por sí mismas sino por lo que producen en nosotros, en su intento de conseguir las, diremos que nuestra utopía parafraseando a Winnicott, es que el adolescente pueda construir sus interpretaciones por sí mismo.

Para que esta labor preparatoria se inicie, es imprescindible que halla un cuidado de las asociaciones libres que el analista debe estimular con

sus preguntas y que a su vez halla también un trabajo con ellas.

Como plantea Rómulo Lander (2002), es importante poder superar una desconfianza inicial que es muy frecuente así como también ir dando pruebas de la confidencialidad del tratamiento que se juega muchas veces en las entrevistas que por diferentes motivos se generan con los padres. El adolescente necesita muchas veces de comprobaciones prácticas de dicha confidencialidad para que se pueda ir dando un ambiente continente donde trabajar con las asociaciones libres. Un índice inequívoco de buena marcha y de proceso analítico es sin duda como en los pacientes adultos el surgimiento y trabajo conjunto con las asociaciones libres.

Es necesario entender las asociaciones libres con un criterio amplio porque a veces se trata simplemente de un gesto, un tono de voz, un silencio y otras veces se trata de palabras. Por otro lado es importante estar abiertos a las cartas, diarios personales, poemas, dibujos, fotos, juegos y a los actos tanto fuera como dentro de la sesión, en los que nos prestamos a jugar ciertos roles que son asignados, donde nuestro carácter de superyo auxiliar permite toda esta gama de expresiones en la seguridad de no ser censurado (Strachey 1934). Por eso hay un consenso entre los diversos autores acerca de la actitud del analista, ya que se requiere una especial disponibilidad afectiva para trabajar con adolescentes. Sus juegos, actuaciones, angustias masivas, sus fuertes ambivalencias y su constante vaivén narcisista y objetal, nos someten a fuertísimas excitaciones psíquicas que nos conmueven y nos llevan a sentir todo tipo de afectos relacionados a ese movimiento pulsional y transferencial del adolescente.

Es importante señalar la experiencia de los analistas franceses y otros que trabajan con el psicodrama psicoanalítico con buenos resultados. Nosotros por nuestra parte, no hemos incursionado en ese tipo de estrategias terapéuticas pero es claro que el análisis de pacientes adolescentes se aparta de lo que puede ser una cura clásica – si es que ello existe – ya que el analista es, generalmente, más activo y participativo, haciendo un mayor uso de su propia persona.

En este sentido, hay diferencias importantes en cuanto al uso del silencio por parte del analista. Aquí como en todo lo que hace a la construcción del lugar del analista, no existe ninguna receta a seguir que constituiría simplemente una ilusión de un camino seguro.

Podemos señalar si, que muchas veces el silencio en pacientes neuróticos adultos, incide de tal modo, que permite abrir el campo analíti-

co a nuevas asociaciones. En tanto que muchas veces el silencio del analista, en el tratamiento con adolescentes puede relanzar las angustias por el vacío, la soledad y las dificultades identificatorias que se viven como un abandono por parte del analista.

Cuando hay indicadores de proceso (Kancyper, 2002) analítico tales como apertura a nuevas fantasías, asociaciones, recuerdos o momentos de elaboración psíquica frente a dificultades o síntomas del paciente, es imprescindible nuestro silencio que otorgue un espacio y un tiempo para que ese proceso tenga lugar, siendo esto un correlato del concepto winnicottiano sobre la importancia del estar-jugar a solas en presencia de la madre (1958).

Como lo plantea Salas (1973) en relación al púber, si se interpreta demasiado rápido, y aunque esto le resulte muy claro al analista, su intervención puede ser vivida como la de una persona que como el púber mismo, no tiene capacidad de continencia adecuada y no puede aguardar. Así el valorar especialmente el momento de la intervención, se vincula con un modelo donde la memoria, la capacidad de espera y la continencia ocupan un rol importante.

### **Juan, una viñeta clínica**

Juan es un adolescente tardío que consultó por angustia, soledad y porque había perdido en reiteradas oportunidades exámenes importantes que lo bloqueaban para continuar adelante. Perder exámenes, tenía el significado de una condena a permanecer atrapado en el seno familiar y esto obturaba la dinámica de independencia – dependencia, lo cual a su vez, se tradujo en movimientos específicos en el vínculo conmigo de acercamiento y separación.

Los exámenes se constituyen en hitos en el crecimiento del adolescente, ya que quedan como marcas o mojones en su psiquismo. El no haberlos salvado, genera culpa, remordimiento y angustia, dificultando el proceso identificatorio.

La pregunta que fuimos construyendo en los primeros tiempos del análisis, era acerca de por qué no había podido integrar esos conocimientos, y más allá de eso, qué era lo que no podía integrar.

Su hostilidad hacia el padre, un distinguido profesional que se había marchado de su casa cuando Juan era un niño de 9 años, retornaba como



una secuela, volviéndose contra sí mismo e impidiéndole finalizar el ciclo de la secundaria y acceder a una nueva etapa como universitario. Aquí se constituye otra secuela más, ya que “elige” una universidad en la que no se requieren estos exámenes perdidos.

Una de las dificultades más importantes de Juan, estaba en la esfera de su agresividad, ya que no podía hacer lugar a su odio (y por lo tanto tampoco a su amor) lo que producía una intensa inhibición afectiva.

En ese contexto, nos encontrábamos trabajando las dificultades en nuestro vínculo, ya que se había hecho persistente un síntoma transferencial y resistencial, que eran sus reiteradas llegadas tarde a las sesiones. Se había ido instalando esta costumbre de llegar tarde quince minutos, como si él hubiera determinado que esa era la distancia en la que quería mantenerme a mí. Allí se condensaban una serie de elementos a saber; una parte de sí (y de mí) que no participaba en el análisis, un lugar de supuesta no dependencia de mí como de su padre porque siempre aparecían distintas actividades de las que no se podía desprender para llegar a la hora de su sesión.

La interpretación que fuimos construyendo (Saimovici, 1989), giraba en torno a las distancias que compulsivamente necesitaba ponerme a mí como “padre” (edípico), quedando por otra parte, pegado y sin poder salir de su propia madre interna con la que establecía un vínculo dual y narcisista, tal como había sido su ubicación en su historia familiar.

Esto nos ponía en la pista de sus propios sabotajes en cuanto a las posibilidades de crecimiento-exogamia y su relación imposible con chicas. Hablando de estos sabotajes, me dice, que él había estado en las torres gemelas con su padre, poco tiempo antes del atentado y su destrucción. Que estaba muy impresionado por haber subido allí, que sintió mareos que no pudo soportar y que por lo tanto, luego de observar el panorama, se sintió pésimamente, por lo que tuvo que bajar de inmediato y que le costó un buen rato recuperarse del malestar.

Había allí una mezcla de cosas, porque por un lado, lo contaba con orgullo, (“yo estuve en un lugar histórico”), por otro lado, haber estado allí en esas alturas con su padre, le removía el deseo de compartir lo mejor con el padre, algo entre ellos dos solos, algo siempre postergado e imposible, que hacía emerger una y otra vez su rechazo y hostilidad. Se agregaba además, la presencia terrible y odiosa para él de la nueva mujer del padre que aunque ya era un vínculo de muchos años, seguía siendo intolerable para él.

Quedó en el ambiente de esta sesión, todo este tema de su llegada tarde, sus distancias, (dependencia – independencia), su hostilidad hacia mí, hacia su padre con su segunda esposa, y los sabotajes en relación a sí mismo, al análisis, como también el atentado a las torres gemelas.

A la sesión siguiente, viene tarde, pero solo cinco minutos, con un cúmulo de fotos de viaje, que no se le había ocurrido traer hasta ese momento. Nos dispusimos entonces a mirar aquel mundo de fotos que él mismo había tomado, y que me traía muy prolijamente cuidadas y ordenadas, una tras otra, exactamente como habían sido sacadas día tras día.

No voy a entrar en los detalles de la sesión, pero sí decir que él estaba muy interesado en que yo pudiera mirar y admirar su viaje, su familia, “su proeza” de haber estado en esos lugares y además presentarme fotográficamente a toda su familia.

Resultó que a pesar del malestar y angustia en las alturas, había registrado muy bien ese momento, que lo vivía ambivalentemente, como un trofeo. La excitación que le producía mirar esas fotos, era muy intensa y el hecho de que esos monumentos arquitectónicos se hubieran desplomado por la acción terrorista y de sabotaje, le producía una vivencia extraña, siniestra, de muerte.

Luego de mirar las fotos con sus correspondientes explicaciones, yo sentía que él se había acercado más a mí, que me presentaba a toda su familia y entre ellos ni más ni menos a su hermano, con quien tiene una enorme conflictiva fratricida de la que nunca habla, pero había algo más allí que me inquietaba, vinculado a las muertes, asesinatos y sabotajes.

Luego hay un giro en la sesión y él comienza a hablar muy seguro sobre una idea de él que también había leído en internet, acerca de que dichos atentados eran producto de un autosabotaje y que todo lo que contaban los medios de comunicación, era un cuento chino (o sea, falsedades). Aquí su discurso se hizo más ideológico, con ideas definidas, con certezas, y me transmitió, aunque no verbalmente, que esto lo reaseguraba en algo de sí mismo.

Empecé a concebir una interpretación que sólo después la enuncié, acerca de la necesidad que tenía en aras de calmar sus angustias de separación y de castración, de sostener esta idea del autosabotaje. Proyectivamente podía así depositar una corriente que compulsivamente se había desarrollado dentro de sí mismo. El odio hacia sus padres internos, abandonados que lo habían sumergido en un desamparo radical, y sus sentimientos

fratricidas, no eran suficientes y recurría a una actitud repetitiva masoquista, como expresaban sus pérdidas y fracasos. La ideas del autosabotaje, que se encargó de seleccionar en el afuera, y traerla a sesión, se articulaba bien con este masoquismo que a su vez y como siempre ocurre, relanza y multiplica la hostilidad y el sadismo.

Las muertes, asesinatos y sabotajes a los que el paciente hacía referencia, comenzaban a quedar enmarcados dentro de la sesión y podían ser interpretados como los deseos destructivos contra el padre, el analista y él mismo.

Lo gemelar que evocan las torres y su destrucción hacen referencia a la hostilidad oscilante edípica y preedípica (Saimovici, 1989), con una característica claramente explosiva, letal que lo afecta a él mismo y a su vez deja en evidencia los deseos de destrucción hacia el otro.

Para finalizar, me parece importante el cuidado del analista en la construcción del encuadre y el cuidado por el proceso de análisis, donde si bien el timing y la capacidad de contener las angustias son muy importantes, también está el modo en que el analista despierta el interés por el inconciente de su paciente y atrae su atención sobre los aspectos escindidos y reprimidos. Pienso que allí se juega la parte esencial del vínculo analítico, en una mezcla artesanal entre la posibilidad de contener pero además, de incidir en sus problemáticas inconcientes. Como decíamos al comienzo, encuentro y confrontación, como una constante en los tratamientos analíticos, ya que el contacto con el inconciente siempre es vivido como una confrontación (Winnicott, 1972) con otro, extranjero que como analistas habremos de encarnar.

## Bibliografía

- ARYAN, A. El proceso psicoanalítico en la adolescencia. Rev. APdeBA, Vol. VII No 3, 1985
- FREUD, S. 1905 Tres ensayos de teoría sexual, Las metamorfosis de la pubertad. Pág. 189, Vol. VII. Amorrortu Bs. As. 1990
- FREUD, S. 1917 (1915) Duelo y melancolía Pág 235-255 Vol. XIV. Amorrortu Ed. Bs As 1990
- FREUD, S. 1914 Recordar, repetir y reelaborar Vol. XII pág 145. Amorrortu Ed. Bs As 1990

- FREUD, S.* 1937 Análisis terminable e interminable Pag. 211 Vol XXIII Amorrortu Ed. Bs As 1990
- GARBARINO, H. Y FREIRE DE GARBARINO, M.*. 1961-62 Rev. Uruguay de Psicoanálisis T.IV No3 Montevideo.
- GÖIJMAN, L. KANCYPER, L* 1998 Compiladores Asociación libre, juego y actuación en el Psicoanálisis del adolescente. En Clínica Psicoanalítica de Niños y Adolescentes. Editorial Lumen Bs. As.
- GÓMEZ, P. Y TEBALDI, R.* 2001 42 Congreso de IPA en Niza, Consideraciones teórico-clínicas sobre el método psicoanalítico con adolescentes.
- KANCYPER, L.* 2002 XXIV Congreso de FEPAL, Montevideo, 2002. Cambios y permanencias. El proceso psicoanalítico en la adolescencia. Metapsicología y clínica.
- KESTEMBERG, E.* 1982 Identité et identification chez l'adolescent. Psychiat. Enf; 1962, 5,2:441-522
- LANDER, R.* 2002. Cambios y permanencias, XXIV Congreso de FEPAL . Montevideo, 2002. Psicoanálisis en el adolescente.
- MANNONI, O. 1984. DELUZA, A., GIBELLO, B. HEBRARD, J* ¿Es "analizable" la adolescencia? En La crisis de la adolescencia. Ed. Gedisa, Barcelona. 1996
- SAIMOVICI, E.* 1989 Interpretación y adolescencia Rev. De Psicoanálisis (APA) T. XLVI, No 4 pág. 518, julio-agosto 1989
- SALAS, E.* 1973 Consideraciones técnicas y clínicas sobre el tratamiento Psicoanalítico de pacientes púberes. Rev. De Psicoanálisis (APA) Vol. XXX, 3-4
- STRACHEY, J.* 1934 (1947-48) Naturaleza de la acción terapéutica del Psicoanálisis. Rev. De Psicoanálisis APA Vol. IV,
- WINNICOTT, D.* 1958 La capacidad para estar a solas Cap.2 En El proceso de maduración en el niño. Ed. Laia Barcelona.